

tremado el odio que les inspiraban, que se hubieran creído mancillados con su trato, y en su lenguaje el solo nombre de samaritano equivalía á una grosera injuria. Tales eran los Samaritanos, habitantes de una parte del antiguo reino de Israel.

La segunda provincia de la Palestina, en tiempo del Mesías, era la Galilea. Casi la mitad de las diez tribus llevadas en cautiverio á Nínive se aprovecharon de las circunstancias para regresar sucesivamente, y en crecido número á la vez, á una parte del territorio del reino de Israel, su antigua morada. Reedificaron en él numerosas ciudades, y el país que ocuparon se llamó la alta y baja Galilea, donde se hallaba la pequeña ciudad de Nazareth. La parte de la Galilea limítrofe á la Decápolis, ó la Siria de Damasco, llevaba también el nombre de Galilea de las naciones, porque los Israelitas estaban confundidos allí con los gentiles en cuanto á la sociedad civil, aunque sin comunicarse respecto á la religión.

La tercera provincia de la Palestina era la Judea propiamente dicha: componíase del territorio de las tribus de Judá y de Benjamín, y estaba ocupada por los restos de estas tribus, al volver del cautiverio de Babilonia. Los Hebreos que habitaban esta parte de la Palestina y eran dueños de Jerusalén y del templo se llamaban propiamente judíos. Sus sumos sacerdotes llevaron sucesivamente el nombre de jefes de la nación santa, hasta que habiéndose apoderado los Romanos de la Palestina, los Judíos se vieron obligados á recibir un soberano de manos de sus conquistadores.

La Judea quedó reducida entonces á una provincia en provecho de Augusto y de sus sucesores, y los mismos Judíos reconocieron á los Césares por sus soberanos, y no tuvieron ya libertad de ejecutar á los criminales que habían condenado á muerte sin haber obtenido el permiso del emperador ó del presidente que mandaba en su nombre. Ninguna otra circunstancia prueba mejor que el cetro había salido de sus manos; y los hijos de Jacob, advertidos por el célebre vaticinio de su padre moribundo, debieron confiar que el reinado del Mesías no estaba lejano. Verémos en la lección siguiente que su expectación era fundada.

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber venido Vos mismo en persona en auxilio de la verdad que perecía en la tierra, y por habernos sacado de las tinieblas del Paganismo para hacernos gozar de la luz admirable del Evangelio. Divino Reparador, haced que nunca sigamos á otro soberano que á Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pondré el mayor esmero en estudiar este Catecismo.*

LECCION LIV.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

Expectación general, — entre los Judíos, — entre los gentiles, — en Oriente, — en Occidente. — Edicto del emperador Augusto. — Viaje á Belén. — Nacimiento del Mesías. — Circuncisión. — Adoración de los Magos.

Desde que Alejandro pasara á Oriente, los Judíos estuvieron sometidos á diferentes príncipes, aunque sus sumos sacerdotes conservasen el título y la autoridad de jefes de la nación. Aquellos reyes extranjeros se habían mostrado sucesivamente avaros, crueles, impíos y perseguidores, y habían saqueado los tesoros del templo, assolado el país, proclamado el culto de los ídolos, y hecho morir en los suplicios al santo anciano Eleazar, á la madre de los Macabeos, y á sus siete hijos. Finalmente los Romanos, no contentos con exigir un tributo de este pueblo, que se creía libre por naturaleza, le habían quitado el poder soberano.

Los Fariseos y el pueblo, que no daba oídos mas que á sus opiniones, sufrían impacientes este estado; cuanto mas abrumados se sentían por el yugo de los gentiles, mayor desden y odio concebían contra ellos, y solo deseaban ya un Mesías que fuera guerrero y temible para las potencias que los esclavizaban. Así pues, dando al olvido tantas profecías que les hablaban tan expresamente de sus humillaciones, no tuvieron ojos ni oídos mas que para las que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que deseaban. Error fatal que los arrastró al deicidio.

No olvidemos que esta ceguera es una prueba de mas en favor de las profecías. En efecto, estaba vaticinado, sí, estaba vaticinado que el pueblo elegido sería infiel, ingrato ó incrédulo; que negaría al Cristo, que le daría la muerte, y que por consiguiente los Judíos serían rechazados por Dios, y vivirían errantes, sin rey, sin sacrificio, sin altar y sin profeta, esperando la salvación sin encontrarla⁴.

Enterados, sin embargo, por la profecía de Jacob, que señalaba la venida del gran Libertador para el momento en que el cetro de Judá estuviera en manos de un extranjero, están en la expectación de su próxima venida. Sus oídos están abiertos á todos los impostores que, diciendo ser el Mesías, prometen libertarlos del yugo de las naciones, y se adhieren á ellos con una facilidad hasta entonces sin ejem-

⁴ Dan. ix, 26; Osee, iii.

plo⁴. La historia atestigua que el motivo principal de la guerra asombrosa que sostuvieron entonces contra los Romanos fué un oráculo de las sagradas Escrituras, anunciando que se elevaria en aquella época en su patria un hombre que dominaria sobre toda la tierra⁵.

Esta expectacion de la próxima venida del Mesias no era peculiar á los Judíos, pues participaban de ella todas las naciones. Y preciso era que así fuese, porque de lo contrario, ¿cómo hubieran podido los Profetas llamar al Mesias el *Deseado de todas las naciones*? Los gentiles debian esta idea del Redentor futuro á la tradicion primitiva, ó al trato con los Judíos esparcidos algunos siglos hacia en una gran parte del mundo. « Reinaba una *general* conviccion, dice Tácito, de que los » antiguos libros de los sacerdotes anunciaban que en aquella época » prevaleceria el Oriente, y saldrian de Judea los soberanos del » mundo⁵. » Toda el Asia estaba conmovida; así lo atestigua positivamente un grave y célebre historiador romano, Suetonio, que vivió en aquellos antiguos siglos: « Todo el Oriente, dice, repetia la antigua » y constante opinion de que los destinos habian decretado que en » aquella época la Judea daria soberanos al universo⁶. »

El genio mas sublime del imperio romano, Virgilio, intérprete de la expectacion general, cantaba en Occidente la próxima llegada del Hijo de Dios, que descendiendo del cielo, iba á traer la edad de oro á la tierra, á borrar el crimen y hacer morir la serpiente⁵. En una palabra, esta viva y comun expectacion del Mesias se notaba en todos los pueblos, por desfigurada que estuviera entre ellos la religion primitiva⁶. « Tradiciones inmemoriales, dice un sabio inglés, dimanadas

⁴ Act. v, 36, 37, etc.

⁵ Josefo, *De Bello judaico*, lib. VI, c. 5, n. 4.

⁶ Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potirentur. (*Historiæ*, l. V, n. 13.)

⁷ Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore Judæa profecti rerum potirentur. (*In Vespas.* n. 4.)

⁸ Virgilio en su Égloga cuarta no hace mas que adornar con las gracias de la poesia el oráculo de la Sibila de Cumas. ¿No es muy notable que esta Sibila describa el reinado del Mesias casi en los mismos términos que el profeta Isaías? San Justino mártir remite á estos oráculos á los paganos para prepararlos á los misterios del Cristianismo. A medida que se aproximaba el advenimiento del *Deseado de las naciones*, se esparcia por el mundo una luz extraordinaria: eran los primeros rayos de la estrella de Jacob que iba á aparecer. Y Ciceron anunciaba una ley eterna, universal, la ley de todas las naciones y de todos los siglos; un soberano comun que seria el mismo Dios, cuyo reinado iba á comenzar. *Nec erit alia lex Romæ, alia Athenis, alia nunc, alia posthuc; sed omnes gentes, et omni tempore una lex et sempiterna et immortalis continebit, unusque erit communis quasi magister et imperator omnium Deus.* (*Cicer. de Repub. lib. III, apud Lactant. divin. inst. lib. VI, c. 8.*) Véase *Redencion del género humano*, por Schmidt, *el Cristo delante del siglo*, etc., etc.

⁹ Mr. Drach, en sus notas sobre la Biblia, c. 1 del lib. II de los Reyes.

» de los Patriarcas y esparcidas por todo el Oriente, respecto á la caída » del hombre y á la promesa de un futuro Mediador, habian enseñado » á todo el mundo pagano á esperar, hácia la época de la venida de Jesucristo, la aparicion de un personaje ilustre y sagrado¹. »

Los mayores enemigos de la Religion no han podido negar esta expectacion universal de un Libertador. « Las tradiciones sagradas y » mitológicas de las épocas anteriores á la ruina de Jerusalen, dice un » impío famoso, habian esparcido por toda el Asia un dogma comple- » tamente análogo al de los Judíos sobre el Mesias. No se hablaba mas » que de un gran Mediador, de un Juez final, de un Salvador futuro, » que, Rey, Dios, Conquistador y Legislador, debia hacer volver la » edad de oro á la tierra, libertarla del imperio del mal, y dar á los » hombres el reinado del bien, la paz y la felicidad². » Esta creencia era tan viva, que, segun una tradicion de los Judíos consignada en el Talmud y en varias otras obras antiguas, un gran número de gentiles acudieron á Jerusalen hácia la época del nacimiento de Jesucristo, para ver al Salvador del mundo cuando viniera á rescatar la casa de Jacob³.

Luego es un hecho cierto como la existencia del sol, el que antes de la venida de Nuestro Señor no solo los Judíos esperaban á un Libertador, sino tambien todos los pueblos de la tierra, y es igualmente cierto que cesó esta expectacion general despues de la venida de Nuestro Señor. ¿Qué hemos de deducir de este doble hecho? Que ó todos los pueblos, enterados por las tradiciones primitivas y las profecias, se engañaron esperando á un Mesias, y reconociendo como tal á Jesucristo, ó que Jesucristo es verdaderamente el Deseado de las naciones. Imposible es deducir otra cosa.

El mundo se hallaba en esta religiosa expectacion, y las miradas se dirigian hácia la Judea; reinaba un vasto silencio, y hacia quinientos años que no se oia ningun profeta en Israel, cuando de pronto envió Dios un príncipe de la corte celestial, el arcángel Gabriel, á una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una vírgen que tenia por esposo á un hombre de la casa de David llamado José, y aquella vírgen se llamaba María. Habiendo entrado el Ángel en su casa, le dijo: Dios te salve, llena eres de gracia; el Señor es contigo, y bendita tú eres entre las mujeres.

María se turba al oír las palabras del Ángel, y trata en su humildad de comprender la razon de tan respetuoso saludo. No temas, María, le dijo el Ángel, has encontrado gracia delante de Dios. Darás al mundo un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; el Espíritu Santo

¹ Mr. Maurice.

² Volney, *Las Ruinas*, c. 22, n. 13.

³ Talmud, c. 41.

vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cobijará con su sombra, porque el Santo por excelencia que nacerá de tí será el Hijo de Dios. El Señor le sentará en el trono de David su padre, reinará eternamente en la casa de Jacob, y no tendrá fin su reinado. La humilde Virgen respondió: Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, según tus palabras. El Ángel se separó entonces de ella, y el Hombre-Dios se formó entonces por el Espíritu Santo en el casto seno de María.

Tal es la sublime sencillez con que el Evangelio cuenta el mas grande de los misterios. La encarnacion del Verbo, fin supremo de los cuarenta siglos del mundo antiguo, es el punto de partida de todos los siglos modernos hasta la eternidad. En este hecho culminante se encuentra la explicacion de todos los acontecimientos, la razon de la elevacion y la caida de los imperios de Oriente y de Occidente, y la última palabra de la accion de Dios sobre el linaje humano.

Acabamos de decir que la Virgen santísima y san José vivian en Nazareth. Sin embargo, estaba escrito que el Mesías naceria en Belen, pues su nacimiento en la ciudad de David era una señal por la cual se debía reconocer. Dios, que habia hecho que las mismas pasiones de los hombres cooperasen al cumplimiento de sus designios, se sirvió de la vanidad ó de la avaricia del emperador Augusto, para llevar á José y á María á Belen, y el altivo Emperador fué, sin saberlo, el humilde ministro del gran Rey, que desde lo alto del cielo gobierna el mundo.

Efectivamente, en aquella época apareció un edicto de César Augusto, mandando hacer el empadronamiento de los habitantes de toda la tierra; y por consiguiente todos los súbditos del imperio romano fueron á inscribirse en la ciudad de que cada cual era originario. Como José era de la casa y de la familia de David, fué de Galilea á Judea, de la ciudad de Nazareth á la de David, que se llamaba Belen, para empadronarse con María su esposa. Llegaron á la patria de sus antepasados, y recorrieron todas las calles pidiendo un albergue. Creeréis sin duda que en una ciudad llena de parientes suyos encontrarían luego una generosa hospitalidad; pero ¡ah! no, en todas partes les respondieron secamente: No hay sitio para vosotros. Así empezaba á padecer el Salvador aun antes de hacer su entrada en el mundo.

José y María se vieron, por consiguiente, obligados á salir de la ciudad y buscar un asilo en el campo, y habiendo encontrado una cueva que servia de establo á los ganados, resolvieron pasar allí la noche. Esto sucedia, según la era vulgar, en el año del mundo 4004, mil años despues de la dedicacion del templo, 752 de la fundacion de Roma, el día 25 de diciembre á media noche. Habíanse cumplido los siglos, la hora de la redencion del linaje humano habia sonado, é hizo

su entrada en el mundo el Verbo eterno, encarnado en el seno de la mas pura de las vírgenes⁴.

Apenas nació, cuando María su madre le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre. Sin embargo, el Hijo de Dios no quiso que su nacimiento quedase oculto para los hombres, por los cuales habia bajado de los cielos; pero le plugo manifestarse á los sencillos y á los pobres mas bien que á los sabios y á los ricos.

Habia allí en las cercanías unos pastores que se ocupaban en guardar sus ganados. Aparecióseles de pronto un Ángel del Señor, se esparció un vivo resplandor en torno de ellos, y quedaron muy aterrados. Pero el Ángel les dijo: No temais, porque vengo á anunciaros una nueva que será para todo el pueblo motivo de suma alegría: os ha nacido hoy el Salvador en la ciudad de David, que es el Cristo, el Señor, y voy á deciros cómo le reconoceréis: Encontraréis un tierno niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. En seguida una multitud inmensa de la milicia celestial empezó á ensalzar con el Ángel á Dios y á decir: Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y

⁴ El cielo y la tierra estaban de acuerdo para anunciar, cada cual en su lenguaje, la plenitud de los siglos, y la hora para siempre solemne de la redencion general; á la voz de los Profetas y de las tradiciones se unia la voz de los astros. Mr. Schubert, profesor de Munich, sienta en su *Simbólico de los sueños* por una multitud de cálculos astronómicos, que los astros vaticinaban á su modo la venida de Nuestro Señor Jesucristo; que el año sabático, año de perdon y renovacion, estaba calculado según sus revoluciones; y que los astros renovaban su curso cada vez que la tierra se renovaba por la penitencia. Demuestra que todos los pueblos de la antigüedad conocian este lenguaje de los astros, y sabian el grande acontecimiento, la gran reconciliacion que anunciaban. « Pero todas estas armonías particulares » tendian á una armonía mas completa y elevada en el movimiento de Urano, el » mas elevado y lejano de los planetas. En el año del nacimiento de Nuestro Señor » Jesucristo, Urano, cuyo tiempo de rotacion en torno del sol abraza y contiene » el de todos los demás planetas, cumplia su quincuagésima revolucion. Pues bien, » puede considerarse con razon el año de Urano como el único real y completo del » sistema planetario, pues entonces es cuando todos los astros, hasta los mas lejanos, vuelven á principiar su curso.

» Pues bien, precisamente en aquella época en que todo el sistema planetario » reunido celebró su primer año de reparacion y reconciliacion, se cumplian todas » las profecías, y los Ángeles del cielo y los habitantes de la tierra cantaban uniendo sus voces á los conciertos armoniosos de las esferas: « Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad! »

» Aquella época coincidia con el fin de la semana del año sabático, en la cual, » según un antiguo vaticinio, Dios debía asegurar su alianza con los suyos.

» Así pues, todas las ruedas y todos los resortes particulares de aquel gran reloj » del universo, cuyo destino primitivo era señalar el tiempo, habian sido colocados » y dispuestos de tal modo por el mismo Criador que correspondian todos á la » grande hora en que Dios debía hacer brillar el día determinado desde toda la eternidad, y celebrar el grande año de renovacion y de perdon. Todo el universo » anunciaba, pues, en las grandiosas proporciones de su arreglo y de sus disposiciones interiores, como el libro de la revelacion, aquel por quien y para quien » se hizo el cielo estrellado. »

paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. ¡Oh! sí; gloria á Dios y paz á los hombres; hé aquí por qué acababa de nacer el divino Niño, hé aquí el objeto de todo el Cristianismo. ¿Qué debemos hacer por nuestra parte para conseguirlo? No se necesitan riquezas ni ciencia, pues basta la buena voluntad.

Cuando los Ángeles se separaron de los pastores, estos se dijeron unos á otros: Vamos hasta Belen, y veamos lo que acaba de suceder. Fueron allá presurosos, y encontraron á María y á José con el Niño reclinado en un pesebre; y siendo los primeros apóstoles de Jesús al nacer, publicaron las maravillas que habian visto. Todos cuantos oyeron hablar del suceso quedaron llenos de admiracion, mientras la santísima Virgen advertia todas estas circunstancias y las meditaba en su corazon. De este modo se pasó aquella noche de eterna memoria.

Ocho dias despues fué el Niño circuncidado, porque la circuncision se verificaba á los ocho dias de haber nacido. El Mesías al verter las primeras gotas de su divina sangre en aquellas circunstancias, recibió el nombre de Jesús, que significa Salvador: nombre misterioso que le habia dado el Ángel aun antes de ser concebido en el seno de su madre; nombre adorable que hace doblar todas las rodillas en el cielo, en la tierra y en el infierno; nombre incomunicable que nadie mas que el Mesías ha realizado en toda su extension. Es verdad que lo habian llevado dos hombres célebres en la historia santa, Josué, sucesor de Moisés, y Jesús, hijo de Josedec; pero ¡qué inmenso intervalo media entre estos salvadores simbólicos y aquel á quien representaban! Así como la tierra prometida en la cual introdujo Josué á los Moabitas no era mas que una imperfecta imágen del cielo, y el restablecimiento de los ritos legales por el hijo de Josedec al regresar del cautiverio una sombra de la perfeccion evangélica y de la adoracion en espíritu y en verdad; del mismo modo el nombre de Jesús, dado á aquellos dos grandes hombres, no era mas que un símbolo del nombre omnipotente por el cual debíamos reconciliarnos con Dios y ser restablecidos en la herencia de los Santos.

José y María se hallaban aun en Belen, cuando deseando Dios demostrar que su Hijo era en verdad, segun los vaticinios de los Profetas, el Deseado de las naciones y el Salvador de todos los hombres, hizo brillar en el cielo una estrella extraordinaria; astro milagroso que habia sido anunciado á los gentiles mas de doce siglos antes bajo el nombre de estrella de Jacob. Apareció en Oriente; unos magos lo reconocieron, y comprendieron que habia entrado en el mundo el Mesías tan deseado. Una tradicion constante nos enseña que los Magos eran reyes, y en número de tres; y el nombre de Magos quiere decir sabios. Apenas vieron la estrella, dóciles á la gracia, se pusieron en camino hácia Judea.

Conducidos por aquel guia celestial, llegaron á Jerusalem en la época en que reinaba Herodes. ¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer? preguntaron; porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido á adorarle. Grande fué la turbacion de Herodes y de toda Jerusalem al oírles; y habiendo aquel reunido los Príncipes de los sacerdotes y los Escribas de la nacion, les preguntó dónde debia nacer el Cristo. Enterados por las profecías, no vacilaron un instante, y le dijeron: En Belen de Judá, porque hé aquí lo que escribió el Profeta: *Y tú, Belen tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, pues de tí saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel*¹.

Herodes, que unia á la crueldad del tigre la astucia del zorro, resolvió entonces deshacerse del nuevo Rey; mandó por consiguiente llamar en secreto á los Magos, se informó exactamente por ellos de la época en que habian visto aparecer la estrella, y enviándoles á Belen, les dijo: Marchad, informaos cuidadosamente del Niño, y cuando le hayais hallado, avisádmelo para que vaya yo tambien á adorarle.

Herodes discurría de esta suerte: Si la averiguacion se hace en mi nombre y por mis gentes, la desconfianza hará que se oculte al Niño, en vez de que se apresurarán á hacerle encontrar á estos buenos orientales de quienes nadie desconfia. Discurría con sutileza, pero no lo hacia así cuando decretó la muerte de los Inocentes. En efecto, esta muerte era inútil si el Mesías no habia nacido; y si habia nacido en verdad el Mesías que Dios habia prometido al mundo, ¿podia permitir el Señor que fuera víctima del degüello general? De modo que cuando Herodes fué sutil, Dios se burló de su sutileza, y cuando se extravió su razon, le dejó cometer sin fruto alguno para él un crimen que le condenó á la execracion de todos los siglos. Sabios y poderosos del mundo, ¡qué locos, qué débiles sois cuando os atreveis á oponeros á los designios del Señor!

Sin embargo, los Magos despues de oír á Herodes se marcharon sin desconfianza, y dispuestos á satisfacer su deseo; y la estrella que habian visto en Oriente volvió á aparecer y continuó su curso delante de ellos, hasta que se paró sobre el lugar donde estaba el Niño. Cuando vieron la estrella experimentaron suma alegría, y entrando en la casa, encontraron al Niño con María su madre, y prosternándose, le adoraron. Abriendo despues sus tesoros, le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra; y los vaticinios de los Profetas acerca del Mesías se verificaron en el Niño de Belen: *Los reyes de Tarso y de Sabá, dicen, le ofrecerán presentes, y le darán oro de la Arabia*².

Estos presentes eran misteriosos: los Magos reconocian con el oro

¹ Matth. II, 6.

² Psalm. LXXI.

la dignidad real de Jesucristo, con el incienso su divinidad, y con la mirra, que servia para embalsamar los cuerpos, su humanidad en una carne pasible y mortal. Les imitarémos, dice un Padre de la Iglesia, ofreciendo á Dios el oro de la caridad, el incienso de la oracion, y la mirra de la mortificacion. Los Magos fueron nuestras primicias, y la vocacion de los gentiles comienza con ellos, de lo cual procede la extraordinaria alegría con que celebramos la fiesta de la Epifanía. No nos admire, pues, que los sabios de Oriente, iluminados por la fe, reconocieran sin vacilar por Redentor del mundo al tierno Niño de Belen: sus padecimientos, sus humillaciones y su desnudez absoluta eran pruebas innegables de su divinidad. Necesito un Salvador, dice Bossuet, que con su ejemplo pisotee el fausto y los falsos bienes de los hijos de Adan, y en esto le reconoceré.

Efectivamente, para comprender la prodigiosa humillacion con que se muestra á nuestras miradas el Mesías tan magníficamente vaticinado, basta que recordemos el objeto de su venida á la tierra. El Salvador venia para quitar el pecado del mundo, es decir, para reconciliar al hombre con Dios, satisfacer la justicia de su Padre, y curar al linaje humano de los males que habia acarreado el pecado. Para expiar, el Mesías debe padecer, porque no cabe expiacion sin padecimiento, sin efusion de sangre. Por esta razon Jesucristo padece desde su entrada en el mundo, y su vida no es mas que un prolongado dolor, y finalmente, nace en un pesebre y muere en una cruz.

La ignorancia de lo que debia amar, y la concupiscencia ó el amor ciego, desarreglado y tiránico de las criaturas, son las consecuencias del pecado relativamente al hombre, y para libertarle, el Mesías debia enseñarle á despreciar todas las cosas terrenales, y á dirigir su amor hácia Dios y hácia los bienes sobrenaturales. Hé aquí por qué pisoteó los honores, las riquezas y los deleites, y por qué nació, vivió y murió en la pobreza y en las humillaciones. Con este medio mostró ser el verdadero médico del hombre decaído, y á este precio fué su Salvador.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado al Salvador tantas veces prometido y tan ardientemente esperado. No permitais que le desconozcamos como los Judios; dadnos, por el contrario, la docilidad de los pastores y la fe de los Magos, para que comprendamos como ellos que nació, vivió y murió en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos para quitar el pecado del mundo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero imitar la dulzura y humildad de Jesús al nacer.

LECCION LV.

VIDA OCULTA DEL MESÍAS.

Purificacion. — El anciano Simeon. — Huida al Egipto. — Degollacion de los Inocentes. — Regreso á Nazareth. — Jesús en el templo.

Herodes esperaba en tanto el regreso de los Magos, y como confiaba en ellos, no tomaba al parecer otros informes sobre el nuevo Rey de los Judios; pero habiendo sido advertidos los Magos en sueños que no volvieran á ver á aquel príncipe pérfido, regresaron á su país por diferente camino. José y María se aprovecharon de la tranquilidad que disfrutaban para cumplir con dos nuevos artículos de las leyes de Moisés, uno de los cuales mandaba á todas las mujeres que fueran á purificarse al templo pasado cierto número de dias, y el otro prescribia que se ofrecieran al Señor todos los hijos primogénitos.

María, á quien su divino parto habia dejado mas pura aun y mas virgen, fué no obstante al templo á confundirse con todas las demás mujeres: ; grande ejemplo de humildad y de obediencia que nos enseña á seguir en todo el orden establecido por Dios, sin tratar de eximirnos! Por su parte Jesucristo, siendo Dios, era bien superior á la ley de Moisés, que obligaba á ofrecer al Señor todos los primogénitos, y sin embargo se dignó someterse á ella, y fué llevado á Jerusalem á los cuarenta dias de su nacimiento. Ofrecióse por manos de sus padres á su divino Padre, y le presentó por la vez primera en su templo una hostia digna de él. Dios no permitió que esta sublime ofrenda permaneciese oculta.

Vivia en aquella época en Jerusalem un santo anciano llamado Simeon, un varon justo que esperaba con afan al Consolador de Israel, y á quien hasta se habia revelado que no moriria sin haber visto el Cristo del Señor. Guiado por una inspiracion divina, fué al templo cuando el padre y la madre del niño Jesús lo llevaban para ejecutar con él lo que era costumbre segun la ley, es decir, para ofrecerle al Señor y rescatarle despues dando cinco siclos de plata, como está indicado en el libro de los Números¹, porque la ofrenda del cordero y de las tórtolas solo era por la purificacion de la madre.

No tan solo tuvo el santo anciano la dicha de ver al Redentor del mundo, sino tambien la de tenerle en sus brazos. Transportado entonces

¹ Num. xviii.